

El espion se fué á lo largo detrás de Benito Cascajares y de Ana del Rey.

La noche era fria, lluviosa y oscura.

Ana del Rey y Cascajares se ocultaban bajo un gran paraguas y determinaban un volúmen que no podia perderse.

El espion los siguió hasta la calle de San Cristóbal, y vió que Cascajares abria el postigo del jardin de una casa y que entraba por allí con la dama.

El postigo volvió á cerrarse.

El espion permaneció en acecho, en el portal que ya conocemos, unos minutos.

Se oyó rechinar la llave en el postigo.

Se abrió éste.

Salió Benito Cascajares.

Volvió á cerrar, y se alejó.

El espion se puso en su seguimiento.

Benito Cascajares se volvió á palacio.

El espion permaneció allí, hasta que la ronda que despejaba el patio de la gente extraña que en él se encontraba, le intimó á que saliese.

En cuanto el espion salió, la puerta del Príncipe, por donde le habian echado fuera, se cerró.

Habian dado ya los doce de la noche.

El alguacil meditó un momento, y creyendo que por la puerta de palacio nada iba á observar, fué otra vez á ponerse en acecho en el soportal de la calle de San Cristóbal.

Habia examinado la casa donde se habia quedado Ana del Rey, y no vió en ella ni áun resquicio de luz.

Aplicó el oído á las rejas del piso bajo, y nada oyó.

Si la dama no habia salido de allí, estaba sin duda recogida.

El espion estuvo á punto de cometer una torpeza, de abandonar su acechadero y de ir á decir lo que sabia al conde de Aranda; pero como hubiese vacilado en tomar esta determinacion y habian yadado las doce de la noche, á punto de que el espion se disponia á ir á casa del conde de Aranda, oyó los pasos de dos personas que se acercaban, y volvió á ocultarse en lo más profundo del soportal.

Poco despues, las dos personas cuyos pasos habia oido el alguacil aparecieron, llegaron al postigo, se abrió éste, aquellas dos personas entraron, y el postigo volvió á cerrarse.

El espion permaneció allí durante media hora.

Luego salió y observó la casa.

No se veia luz.

Se acercó á las rejas del piso bajo, y por una de ellas le pareció oír un rumor de dos voces que hablaban.

La una era de mujer, fresca y sonora; la otra de hombre, grave é hinchada como la de una persona muy alta que tenia una gran conciencia de su posicion.

El alguacil se fué entonces á la carrera á casa del conde de Aranda, que no se habia recogido.

Esperaba.

El conde de Aranda oyó atentamente la revelacion

de su espía, y cuando hubo concluido le dijo: —Tráeme la capa, el sombrero y la espada; vamos á salir: vas á llevarme junto á esa casa.

En efecto, media hora despues el conde de Aranda, acompañado de su alguacil, estaba oculto en el soportal.

El viejo político sufrió dos horas largas en medio de una noche fria.

Al fin, cerca de las tres de la mañana, el postigo volvió á abrirse, y salieron dos hombres.

El conde de Aranda no pudo ménos de reconocer en uno de aquellos dos bultos al rey; en el otro á Benito Cascajares.

El rey habia permanecido dos horas y media al lado de Ana del Rey; podia, pues, creerse que Ana del Rey era ya la querida de Cárlos III.

Esto era un grave cuidado para el conde de Aranda.

No se le ocultaba que aquella mujer violenta, volcánica, terrible, ansiaba una venganza contra él, porque le suponía la causa principal de la muerte del conde de la Salmedina, á quien habia adorado.

No habia otro medio que valerse de Benito Cascajares, intermediario de aquellos reales amores, para alejar, de la manera que fuese, el peligro que amenazaba al conde de Aranda.

Al dia siguiente Cascajares recibió un mensaje secreto del conde de Aranda, por el que éste le suplicaba fuese á verle al momento.

A Cascajares se le puso el estómago frio.

—Hé aquí que me encuentro entre dos fuegos; el conde de Aranda no se descuida, y ha olido sin duda la intriga de doña Ana del Rey.

Doña Ana es demasiado imprudente; por demasiado violenta habrá hecho lo bastante para que el conde de Aranda se aperciba y la vigile.

Cascajares se habia puesto en lo justo; pero al ponerse en lo justo se estremeció.

Se guardó muy bien de faltar á la cita que le habia dado el conde de Aranda, y fué á verle al momento.

—Sea cualquiera el poder de la persona en que vos os apoyeis, señor Cascajares, —le dijo el conde de Aranda, —os advierto que no será bastante para defenderos de lo que yo haré en cumplimiento de mi deber; vos estais siendo cómplice de una infame intriga, que puede ser altamente funesta á su majestad.

—Señor conde de Aranda, —exclamó Cascajares con una voz que más que voz era un chillido desentonado; —yo ya no sé dónde estoy, ni me importa nada de lo que suceda: me encuentro entre el agua y el fuego. Si tiro á la derecha me ahogo, si tiro á la izquierda me abraso; haga vuecencia de mí lo que quiera; que lo que es yo ya no sirvo. Dicen bien: el que mal anda mal acaba; tantas intrigas han pasado por mí en este mundo, y en tantas se me ha metido á la fuerza, que al fin alguna de ellas habia de dar conmigo al traste.

—Yo lo sé todo, —dijo el conde de Aranda.

—Supongo que vucencia lo sepa todo,—contes-
tó Benito Cascajares; —pero es posible que le quede á
vucencia algo que saber.

—Espero que lo que me queda que saber, señor
Benito Cascajares, me lo direis vos.

—Excelentísimo señor,—exclamó Cascajares,—
yo estoy tan perdido, tan ahogado, que á un cla-
vo ardiendo me agarro. Vucencia ha averiguado
algo, pero ha averiguado lo que cae por fuera; lo
que anda por dentro no es capaz de averiguarlo vucencia.

—Si no lo he averiguado, lo supongo.

—No, no señor; no es posible que vucencia su-
ponga lo que ha acontecido por dentro, porque no se
pueden suponer cosas absurdas, cosas que no se pue-
den comprender, cosas extraordinarias; en fin, señor
conde, yo estoy dando las últimas; no me encuentro;
se me figura que soy un difunto ambulante y que el
alma se me ha ido del cuerpo, y se me ha ido no sé
dónde.

—Y bien, señor Benito Cascajares; sepamos, se-
pamos.

—Vaya, ¿vucencia cree que yo puedo desobede-
cer á su majestad el rey?

—¡Oh! ¡cómo puedo yo creerlo, señor de Cascaja-
res! ni vos, ni yo, ni nadie que se precie de leal y
que cumpla con su deber, puede afirmar que desobe-
decereis á su majestad.

—¡Ay, señor conde de mi alma!—exclamó Beni-
to Cascajares con un acento que no parecia sino que

echaba los bofes por la boca;—vuestra majestad cree... perdóneme vucencia; mire vucencia como estoy ya; no sé con quién hablo: se me figuraba que estaba hablando con el señor rey don Carlos III; en fin, señor conde, yo ya estoy en el caso de no andar me con ambajes ni miramientos, y lo digo porque lo que voy á decir no extrañe á vucencia: ¿vucencia cree que un tonto se puede volver loco? ¿Ha visto vucencia que eso suceda jamás?

—Hombre, hombre, señor Cascajares, ¿á quién os referís en esas graves palabras?

—Pues yo, señor conde, ya completamente desesperado é importándome poco de lo que sea de mí, me referí en esas gravísimas palabras al rey nuestro señor.

—Verdaderamente, muy grave debe ser lo que por vos ha pasado, porque noto, señor Cascajares, que vos tambien os habeis vuelto loco.

—No, no señor, es de rábía; que he podido estar loco gran parte de mi vida, metiéndome, por ambicion, en intrigas endiabladas; pero lo que es ahora, señor conde, lo aseguro á vucencia, yo me he vuelto tonto, al revés que el rey nuestro señor.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, señor Benito Cascajares; tranquilizaos, porque os advierto que yo puedo mucho.

—Vaya, bien sé yo, señor conde, lo grande, lo incontrastable que es el poder de vucencia; vucencia tiene cogido á su majestad por el cabezon, perdóneme vucencia que se lo diga; yo ya no puedo ni

debo andar en consideraciones; el cuervo no puede ser ya más negro que las alas: por lo mismo, voy á decir toda la verdad á vucencia, y espero que vucencia con su superior talento encontrará algún medio para que todos salgamos adelante: vucencia, que bien lo há menester, y yo, que me considero ya como un difunto.

—Hablad, señor Benito Cascajares, hablad.

—Pues, señor conde, yo no sabia hasta qué punto puede ser peligrosa, diabólica, sobrenatural una mujer. Como vucencia comprende muy bien, por lo mucho que me importaba, aunque yo nunca he vigilado las acciones íntimas de las personas reales, vigilé, ó mejor dicho, espíe la entrevista de la señora doña Ana del Rey con el señor rey don Carlos III.

¡Ay, señor conde! yo atisbaba por el ojo de la cerradura.

Yo no he visto en todos los dias de mi vida una mujer más hermosa que ese demonio.

Se habia quitado la mantilla y el pañuelo.

Tenia los hombros desnudos, los brazos desnudos; le resplandecian los ojos de una manera que ponía espanto; agitaba su cabellera negra lo mismo que una leona.

¡Ay, señor conde! yo, que no he sido nunca muy dado al amor, me sentí vivamente inquieto, lo aseguro á vucencia.

En cuanto al rey, estaba atortolado, inútil, transformado, sorbido por aquella mujer.

¡Ay, señor conde! y aquella mujer desesperaba á su majestad, aquella mujer le rechazaba, aquella mujer le trataba de una manera inconcebible, de una manera dañosa, de una manera irritante.

Y el pobre rey gemia, y se arrodillaba, y suplicaba, y hasta llegó á enfurecerse, señor conde, á enfurecerse Cárlos III, á amenazar, á echar mano de su espada.

—¿Eso ha sucedido?—exclamó el conde de Aranda;—¿ha habido alguno que arranque de su eterna calma al rey?

—Sí, señor; por eso he dicho que yo le desconoci, por eso he dicho que su majestad, de tonto que era, porque sí, señor, su majestad era tonto de remate, un tonto que no tenia más que el aspecto frio de la majestad y la apariencia de un talento que estaba muy lejos de él; sí, señor, sí, vucencia sabe demasiado lo que es el señor rey don Cárlos III: soberbio y vano como un pavo; Dios me perdone, pero estoy en el caso de atreverme á todo. Pues bien; ese tonto se ha convertido en un loco furioso. Y ella resistia, le sonreia, le despreciaba, le halagaba, le rechazaba. ¡Ay, señor conde de mi alma! yo estaba excesivamente inquieto; aquello era una seduccion irresistible, formidable; el infierno suelto contra dos hombres, porque á mí me alcanzaba tambien la influencia diabólica de aquel Satanás con faldas.

En fin, el rey acabó por rendirse, por sentirse jadeante y hasta por llorar, señor conde, por llorar desconsolado como un chiquillo.

—Diablo, diablo,—dijo el conde de Aranda.

—Sí, señor; nos han echado á perder á su majestad, echado á perder definitivamente; nos encontramos ahora con un señor á quien nosotros no conocemos.

—Pero lo importante, señor Cascajares, lo importante; esa mujer no ha pretendido poner al rey en un estado tal de exacerbacion, sin obtener algo del rey muy grave, muy difícil.

—Pues sí, señor, sí, á eso vamos.

Yo miraba y escuchaba con toda mi alma.

Al fin ella, desembozadamente, sin reparo ninguno, lanzada á todo, se acercó al rey, le asió las manos y le dijo:

»—Cárlos, si quieres que yo sea tuya, si quieres tener ese paraíso de que me has hablado de rodillas, sírveme, véngame.

»—Pues bien; te serviré y te vengaré,—exclamó el rey,—pero sé mia.

—¡Increible!—exclamó profundamente el conde de Aranda.

—Sí, sí señor, increíble,—dijo Cascajares;—por eso he dicho que el tonto se nos ha vuelto loco; y ¡ay de la locura del que empieza á ser loco dejando de ser tonto! ¡hay motivo para estremecerse, señor conde!

—Pero continuad, continuad; ¿que exigió esa mujer?

—En primer lugar, señor, exigió la muerte inmediata por tósigo de su marido.

—¿Cómo?—exclamó el conde de Aranda;—¿y el meticoloso Carlos III, el hombre que está hablando siempre de su conciencia, el hombre que cree ver por donde quiera fantasmas acusadores á consecuencia de un acto de justicia, ha llegado á sucumbir hasta el punto de oír de la boca de una mujer la proposición de un asesinato infame?

—Pues de otro modo, señor conde,—exclamó compungido Cascajares y con las lágrimas en los ojos,—¿cómo podría decir yo que su majestad se había vuelto loco?

—Continuad, señor Cascajares, continuad,—dijo el conde de Aranda, que estaba sumido en una profunda meditacion.

—Pues sí, si señor; el rey no se asombró, el rey continuó mirando con ansia á esa señora, y la dijo:

»—Y bien, ¿si yo doy mi alma al diablo, me darás tú tu amor?

»—Cuando se haya cumplido mi venganza, contestó Ana del Rey.

»—Lo que me pides es terrible, dijo su majestad.

»—Lo que yo pido es un acto de justicia que te protege, que me protege, que nos salva á todos. Calcorra es un infame: si el alcalde de casa y corte que ha instruido su proceso le sentenció á muerte, fué por mi influencia; pero la sala, que es inflexible, no le sentenciará á muerte; no hay contra Calcorra otro crimen bien probado, más que el de complicidad en los secuestros de la princesa de Otranto y de la marquesa

de Vallezarzal, y la sala no le sentenciará á muerte, no puede sentenciarle, no es este un delito capital; y mientras Calcorra viva, por fuertemente que se le guarde, no estaremos seguros, rey mio, ni tú ni yo. Cosme Calcorra puede morderte en el corazon, y es necesario que no te muerda; y cuando yo te pido la vida en justicia de ese hombre, es porque te amo, porque me amo á mí misma, porque es de todo punto necesario.

El rey gemia bajo las terribles palabras de aquella mujer.

—Yo no puedo herir á los criminales, dijo, más que con la espada de la justicia y en proporción de su culpa.

—Pero hay culpas que la justicia humana no ve, culpas que no pueden probarse sino despues de que se han cometido, cuando ya es tarde; porque esas culpas están en la intencion, y la justicia no puede ver las conciencias, no puede entrar en la intencion; pero tú lo sabes, porque yo te lo advierto; tú eres la justicia, tú eres el señor absoluto, tú puedes sentenciar en tu conciencia y hacer cumplir la sentencia de la manera que te sea posible; sí, sí, tú debes cumplirla.

—Esa mujer es satánica, —exclamó el conde de Aranda.—El rey ha sido muy dado siempre á los placeres amorosos; la marquesa de Esquilache le ha obligado á favorecer á su miserable marido, á tolerar el continuo robo del Estado; por el infame marqués de Esquilache ha sido necesaria una revolucion para

arrojar á aquel miserable traidor al rey, por los vicios del rey; y ahora una nueva complicacion, una nueva lucha; siempre los vicios de ese hombre. Pero continuad, señor Cascajares, continuad; aun creo que falta algo.

—En fin, señor conde, las dos horas y media que su majestad ha pasado al lado de doña Ana del Rey, han sido dos horas de lucha, dos horas de desesperacion.

Al fin, doña Ana ha echado literalmente al rey á la calle, le ha mandado, ¡le ha mandado! señor conde, que se vaya y que no vuelva á presentársele sino cuando ella le llame, y le ha advertido que ella no le llamará sino cuando esté completamente satisfecha de él; ¿y sabe vuecencia lo que me ha dicho su majestad al salir conmigo para trasladarse á palacio?

—Ve, obedece en todo y por todo, mándete lo que te mandare, sea lo que fuere, á esa señora.

Yo estaba prevenido porque habia escuchado, excelentísimo señor, y como el desesperado que comprende que nada tiene que perder y que si algo puede ganar es á fuerza de audacia, contesté al rey:

—Y dígame vuestra majestad; ¿si esa señora me manda dar de puñaladas á una persona en la calle, habré de obedecer?

El rey guardó silencio durante algunos segundos, y luego me dijo:

—En la discrecion de doña Ana no cabe el mandarte que des de puñaladas á un hombre en la calle; pero podria mandarte que en secreto...

El rey no siguió más.

No se atrevió á continuar.

Yo me encogi: vi la enormidad que se me venia encima y que no habia escape.

Me estremecí, señor conde, me puse malo.—

Al fin el rey dijo:

»—En todo caso, se habrá ejercitado un acto de alta justicia.

Yo no contesté.

El rey continuó callando.

Cuando estuvimos ya cerca de palacio, el rey me dijo:

»—Benito, en el momento en que me dejes ve á presentarte á doña Ana.

»—¿Ahora mismo, señor?

»—En el momento en que me dejes, sí.

Yo, en el punto en que dejé á su majestad dentro de palacio por el postigo del Campo del Moro, me volví, más muerto que vivo, á la casa de Calcorra.

Abri.

Me encaminé á la sala donde habia tenido lugar la entrevista entre ella y el rey, y la encontré, señor conde, durmiendo tranquilamente al lado de la chimenea encendida; pero afortunadamente para mí, sin los hombros desnudos, sin los brazos desnudos.

¡Ay, señor conde, señor conde! ¡vos no sabéis lo que es esa mujer, tal como estaba delante del rey y de mí, y qué conciencia de lobo es la suya!

Dormia, señor conde, como pudiera dormir un justo.

La desperté tocándola suavemente.

»—¡Ah! dijo al reconocerme; gracias, señor Benito Cascajares: veo que sois un hombre dócil y que comprendéis lo que os conviene.

»—Indudablemente, señora, á mí lo que me conviene, dije encubriéndome, es servir á vuestra majestad.

»—No me des ese tratamiento, que no me corresponde de ninguna manera, que de ninguna manera me corresponderá nunca: yo he sido sacrificada y abusada por ese miserable Calcorra, pero no amaba entonces; desde que amé no he pertenecido más que á mi amor. El conde de la Salmedina no ha muerto para mí, vive en mi corazon, y ni mi corazon ni mi cuerpo serán jamás de nadie; son suyos, completamente suyos.

—Bien, bien,—dijo el conde,—continúa.

»—Pero os advierto, señor Benito Cascajares, me dijo ella, que de la misma manera que he vuelto loco al rey, le mantendré loco todo el tiempo que quiera, todo el tiempo que lo necesite, sin hacer sacrificio por mi parte; os advierto que si no me servis ciegamente, sea lo que quiera lo que yo os mande, sois hombre perdido.

»—Y bien, señora, le contesté; ¿quién piensa en desobedeceros, ni qué cosa hay que pueda parecerme grande deseándola vos?

»—Se trata de matar hoy mismo á Cosme Calcorra: el más largo plazo que os doy, si hoy mismo no puede ser, es el de tres dias.

Como ve vucencia, doña Ana no se andaba con rodeos.

Yo agonizaba, pero tenia valor bastante para mostrarme sereno.

— Esa mujer morirá de mala muerte, — dijo el conde de Aranda; — gracias, señor Benito Cascajares: tranquilizaos, yo os lo digo, á no ser que vos no tengais fe en el poder del conde de Aranda; os digo que os tranquiliceis, porque es necesario que obreis con una gran serenidad; una torpeza en estas circunstancias puede echarlo á perder todo.

— Y bien, señor conde, si vucencia me asegura que nada tengo que temer, ¿qué me importa lo de más? Cosme Calcorra es hombre muerto.

Y apareció en los ojos de Cascajares aquella expresion siniestra que habia sorprendido una vez en ellos Margarita.

Apareció el asesino.

El conde de Aranda sorprendió esta fugitiva expresion.

— Me lo dan el trabajo hecho, — dijo para sí el conde de Aranda; — me lo dan todo concluido. Continúa, señor Cascajares, — añadió en voz alta.

— Yo me veia obligado á doblegarme, — dijo Cascajares; — yo tenia miedo, y entre mi vida y la de otro, tenia el deber de conservar la mia.

— ¿Pero qué habeis prometido á esa mujer? ¿A qué os habeis obligado? Concluyamos.

— Señor conde de Aranda, se trata de una fiera; esa mujer irá hoy á visitar á su marido.

—¡Ah!—exclamó el conde de Aranda;—¿es decir, que la cosa está ya concluida?

—A las doce llevarán de la cantina de la cárcel la comida al señor Cosme Calcorra,—dijo Cascajares con voz lúgubre;—dos horas ó tres despues de haber comido, el proceso de Calcorra habrá terminado, porque no se continúan los procesos contra los muertos.

—Es decir, señor Cascajares...

—Sí, señor; yo conozco á mucha gente, señor conde; por razon de mi oficio, conozco de todo: hay un boticario que me está obligado, y no falta algun bribon que sepa ponerse en relaciones con el preso que tiene la cantina de la cárcel, y cuando se ofrecen quinientos ó seiscientos pesos, si es necesario, se arrostran las eventualidades de que se conozca que en uno de los potes que se sirven á los presos se ha echado arsénico.

El conde de Aranda pareció como doblegado bajo la situacion.

Habia en su mirada algo desesperado.

Su poder se le hacia cada dia más costoso.

Guardó por algun tiempo silencio.

Cosme Calcorra le espantaba.

Cosme Calcorra conocia más de un grave secreto suyo.

Cosme Calcorra tenia una imaginacion satánica.

Cosme Calcorra estaba sentenciado.

El podia evitar la ejecucion de aquella sentencia; pues como aun faltaba una hora para las doce,

él podía ir á la cárcel, él podía encerrarse con Cosme Calcorra, revelárselo todo, atraérselo; pero él no podía contar con el agradecimiento de aquel hombre.

Dejar correr los sucesos era hacerse cómplice de un asesinato.

Pero, por otra parte, el conde de Aranda meditaba que un hombre tal como Cosme Calcorra merecía bien la muerte.

Sin embargo, la justicia no podía, no debía herir en secreto ni á traición.

La espada de la justicia se convertía entonces en puñal, y no se castiga con él al crimen, no se satisface la vindicta pública, se incurre en un asesinato, no hay más ni menos cuando se trata de la justicia; es una, sola, indeclinable en sus causas y en sus efectos.

—Y bien,—dijo el conde de Aranda;—os habeis colocado en una situacion terriblemente embrollada, señor Cascajares; yo no podía prever que en este diabólico asunto se hubiese caminado tan de prisa. Soy completamente impotente, vos lo comprendeis. ¿Qué puedo yo hacer si vos habeis dado ya todos los pasos? Habeis obrado con la actividad del miedo.

—¡Ay, señor conde! ¡Si vuestro señoría se hubiera encontrado en mi lugar, si vuestro señoría hubiera visto aquella mujer, si la hubiera oído, si hubiera sabido la influencia que aquella mujer ha sabido ganarse sobre el rey!

—Y bien,—exclamó el conde de Aranda, que había transigido ya con su conciencia y había tomado

una determinacion;—yo me lavo las manos, yo no tengo nada que ver en esto; otra vez se me presenta una situacion irresoluble: yo no puedo evitar nada, evitadlo vos.

—¡Yo! ¡que lo evite yo! ¡Cómo quiere vucencia que yo dé un paso imprudente, por el que pueda venirse en conocimiento de que se ha preparado una comida envenenada para ese hombre? ¡Ah! no, no; yo me veria abandonado, señor conde, yo no me atrevo; sea lo que Dios quiera: yo he dicho á vucencia lo que sucede; si vucencia puede evitarlo, que la culpa caiga sobre los que han obligado á un sér débil á cometer lo que nunca hubiera cometido por su propia voluntad.

—Bien, señor Cascajares,—exclamó Aranda.— Vos sois hombre de buena imaginacion; evitad, evitad: de otro modo, si esto se descubre, si os veis comprometido, no conteis conmigo para nada; si el rey os abandona, yo no puedo de ninguna manera oponerme á la accion de la justicia.

—¡Desdichado de mí!—exclamó Cascajares;— vucencia...

Y se detuvo.

—Os perdono vuestras reticencias, Cascajares; no teneis razon: yo no puedo meterme en esto, porque si yo lo impidiese de cualquiera manera, por hábil que esta fuese, podría descubrirse y dar lugar á que se creyese que yo habia entrado en este género de infames intrigas. Ante todo están mi honor y mi conciencia; vos habeis premeditado, y preparais un

crimen; ese crimen no ha sido consumado: vos podéis evitarlo; id á buscar á la víctima, y decidla: «No comais, porque si comeis morís.» Ese es vuestro deber.

—Muy bien, señor conde de Aranda, muy bien;— contestó Cascajares, mirando de una manera insolente al magnate;—ya sabia yo de antiguo que el último mono se ahoga. Dios tendrá, si la merezco, compasion de mí; beso la mano de vuecencia, señor conde.

Y Cascajares salió.

—Y bien,—exclamó el conde de Aranda;—¿qué importa un hombre como Calcorra? Su muerte es un beneficio á la humanidad; su permanencia en la vida seria la sentencia de más de una víctima, y yo no he hecho esto: dejemos correr los sucesos hasta cierto punto. Ella va á visitarle esta tarde, tal vez inmediatamente despues de que haya comido; ella quiere apurar el placer de su venganza, y yo lo sé; ¿pero de qué manera hacer que sea cogida en su propio lazo esa mujer, que es altamente peligrosa, infinitamente más peligrosa que Calcorra? ¡Ah! si esa mujer continúa en la privanza del rey, de la manera más segura que puede continuar, desesperándole, enloqueciéndole, los jesuitas no dejarán de apercibirse de esto, se prevaldrán de ella; de la influencia de una mujer incontrastable sobre un hombre, todo materia irritada como Carlos III; todo lo habremos perdido. Bien; es necesario que esa mujer sucumba tambien; es necesario acabar de una vez, cortar á mis enemigos toda esperanza de levantarse contra mí.

Y el conde de Aranda se sentó á su mesa, tomó un papel y escribió lo siguiente, desfigurando su letra de tal manera, que el perito más hábil no hubiera podido declarar habia sido escrita por su mano:

«Señor alcaide de la cárcel de Villa:

»El preso don Cosme Calcorra ha sido envenenado hoy. La autora de este envenenamiento es su mujer, que irá á visitarle esta tarde.

»Quien os avisa puede haceros responsable de no haber trasmitido á la justicia el aviso que se os da.

»Esta tarde á las tres, cuando más, don Cosme Calcorra habrá dejado de existir.

»Ved, pues, lo que haceis para cubrir vuestra responsabilidad. — UN AMIGO DE LA JUSTICIA Y VUESTRO.»

El conde de Aranda tuvo medios para hacer llegar, por medio de uno de sus espiones, esta carta al alcaide de la carcel de Villa, sin que éste pudiese adivinar cómo aquella carta habia llegado á sus manos.

Pero la carta habia llegado mucho despues de la comida de Cosme Calcorra, y cuando ya Ana del Rey estaba encerrada con él.

Capítulo LXXIV.

Donde se verá el trágico fin que tuvo la intriga de Ana del Rey

Eran ya cerca de las doce, hora en que se comía entonces, cuando el cocinero del conde de Aranda se presentó todo demudado, todo trémulo, á su señor.

En el primer momento quiso hablar y no pudo.

—¡Ah!—exclamó para sí, comprendiéndolo todo, el conde de Aranda;—se me ha querido quitar de en medio; todo á la vez, Calcorra y yo. Habla, hombre, habla,—dijo dirigiéndose al cocinero.

—Pues yo tengo encerrado al Chivito,—dijo éste.

El Chivito era un galopin de cocina.

—¡Qué ha hecho, pues, el Chivito?—dijo el conde de Aranda.

—¡Señor!—exclamó el cocinero, poniéndose de rodillas y abriendo los brazos;—yo no tengo la culpa; pero yo vigilo, y una prueba de ello es que no he sido sorprendido.

—Levántate, hombre, levántate,—dijo tranquilamente el conde de Aranda;—yo sé bien lo que vales, y por algo te tengo en la cocina.

—El Chivito, como que echaba sal, ha echado una cosa que á mi me ha extrañado en la olla podrida; yo no he dicho una palabra, pero he enviado por un recado al Chivito, y en seguida me he encerrado con un perro y le he dado parte de la olla podrida: esto sucedió á las once; á las once y minutos el perro se puso malo, á las once y cuarto el perro agonizaba, á las once y media el perro se murió.

A pesar de su serenidad, el conde de Aranda se cubrió de sudor frio.

Entonces comprendió la descomposicion del semblante y las reticencias de Benito Cascajares.

—Yo no he dicho una palabra á nadie,—continuó el cocinero;—pero he encerrado al Chivito en mi cuarto, y aquí tiene vucencia la llave.

—Trae al Chivito,—dijo el conde de Aranda.

Algunos momentos despues, el galopin aparecia medio muerto ante el conde de Aranda.

Interrogado y apretado por éste, confesó al fin que un desconocido le habia dado aquella mañana doscientos doblones, y le habia ofrecido otros doscientos si echaba en la comida del conde de Aranda unos polvos que le dió; que le habia dicho que aque-

Los polvos eran para que el conde de Aranda amase á una señora que estaba interesada por él; que no habia creído que aquello fuese malo, y habia echado los polvos.

—¿Y no te han mandado nada más?—preguntó el conde de Aranda.

—Sí, sí señor: me han mandado que cuando vuestro señoría comiese asomase el palo de una escoba por el tragaluz de la cocina que está á la derecha de la puerta principal.

—Pues bien,—dijo el conde al cocinero;—á las doce y cuarto asomas el palo de escoba por el tragaluz.

Después de esto, el conde de Aranda llamó á un alcalde de casa y corte, le dió cuenta de lo que acontecia, y el Chivito fué conducido á la cárcel.

La policia vigilaba fuera para prender al que diese el menor indicio de reparar en el palo de escoba que asomaba por el tragaluz.

Pero ninguno de los transeuntes hizo el menor movimiento al pasar por el tragaluz que pudiese ser sospechoso.

No habia pasado tampoco ninguno cuyas señas conviniesen con las que el Chivito habia dado del desconocido que le habia mandado el envenenamiento, ni cómo podian convenir, si el negocio habia pasado por las manos del hábil Cascajares, y no habia sido un hombre, sino una mujer la que habia pasado para ver si el palo de escoba asomaba ó no por el tragaluz?

De todos modos, Ana del Rey, por conducto de Cascajares, sabia, ó creia saber que el conde de Aranda habia comido una olla podrida envenenada.

Atendida la hora, Calcorra debia haber comido tambien.

Para Ana del Rey su venganza estaba consumada.

Calcorra, su enemigo, su demonio, moria.

El conde de Aranda, el que habia podido impedir la muerte del conde de la Salmedina y no lo habia hecho, moria tambien, segun creia.

¿Qué la restaba, pues?

Saborear su venganza y luego morir.

Ana del Rey guardó en el seno una pequeña caja de carton envuelta en un papel, que Cascajares le habia dado.

Salió de palacio en coche.

Deslumbrante, engalanada con ropas y joyas que la habia proporcionado la Eduvigis, se trasladó á la cárcel de Villa, anunciándose como esposa de don Cosme Calcorra, y pretendió verle.

El alcaide no habia recibido aún la carta en que se le avisaba que Calcorra habia sido envenenado y que la autora de aquel envenenamiento era su mujer, que iria á visitarle aquella tarde.

Calcorra estaba en comunicacion, no habia inconveniente para que se le visitase, y el alcaide no puso obstáculo alguno.

Habia dado la una.

A las doce y media habia acabado la comida

Calcorra; poco despues se habia sentido ligeramente indispuesto, habia experimentado principios de náuseas y se habia acostado.

Cuando se le presentó su mujer, estas náuseas se determinaron más, y Calcorra lanzó un largo vómito; pero creyó que esto era por la impresion que le causaba la vista de su mujer.

La pasion de Calcorra no podia ser más voraz, más terrible; por lo mismo se equivocaba.

Nada estaba más lejos del pensamiento de Calcorra que la idea de un envenenamiento.

Sin embargo, sentia una horrible pesadez y un frio insoportable en el estómago.

—Ya ves, ya ves el punto á que me has traído,—dijo Calcorra entre sus arcadas;—esto es morir.

—A lo ménos no te ahorcarán,—dijo Ana del Rey con una voz terrible, sombría;—si todo lo has hecho por mi amor, si mi amor te ha traído á este punto, á lo ménos no darás en las manos del verdugo.

—¿Y ese es el consuelo que me traes, Ana?—exclamó desesperado Cosme Calcorra.

—¿Qué has hecho tú,—exclamó Ana,—de mi conde de la Salmedina, del único hombre á quien he amado?

Calcorra rugió, y á pesar de su estado se contrajo como para arrojarse sobre su mujer.

Esta le contuvo con suma facilidad.

Calcorra habia perdido completamente sus fuerzas.

Empezaba para él esa terrible agonía que produce el arsénico.

Vaciló y fué á apoyarse en su lecho.

Sus vómitos continuaban.

Era aquello asqueroso, repugnante, horrible.

—¡Todos! ¡todos! —exclamó, soltando una carcajada satánica, Ana del Rey; —tú, el miserable, el infame, el autor de todas estas desdichas; él, él también, el miserable conde de Aranda, que no se ha detenido ante el asesinato para llegar al logro de sus ambiciones; y luego, despues de mi venganza, yo, porque yo no puedo quedar sobre la tierra sin mi conde, sin mi amor.

—¡Ah! —exclamó Calcorra; —¿pero qué es lo que has hecho?

—Estás muriendo y me lo preguntas, —respondió Ana del Rey; —¿no sientes el veneno que devora tus entrañas?

—¡Ah, desdichada! —exclamó Calcorra, cuyo amor se sobrepuso á todo; —calla, calla, no lo digas: te van á matar.

—¡Ah, no, no me matarán, yo te lo aseguro! —exclamó la implacable Ana del Rey, sin conmoverse por aquella suprema manifestacion del insensato amor de Calcorra; —no pondrá sobre mí sus manos el verdugo, no; un juez no me pedirá cuentas de mi venganza, no; ningun juez, sino Dios, y Dios sabe que estoy desesperada y que hago justicia.

Y Ana del Rey sacó de su seno la caja de carton que la habia dado Cascajares, la desenvolvió rápida-

mente, la abrió, y arrojó en su boca el contenido que habia dentro y le tragó.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Calcorra rehaciéndose desesperado, encontrando un último resto de fuerza en su amor.—¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Socorro!... Mi mujer se muere...

En aquel momento, avisado ya el alcaide de la cárcel por la carta que conocemos, llegaba y abría la puerta del encierro de Calcorra.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó éste;—¡salvadla! ¡salvadla! yo no he sabido lo que he hecho; yo estaba desesperado y la he envenenado, envenenándome yo á la par.

No podia pedirse más abnegacion, más amor, más locura.

Y como si aquel supremo esfuerzo hubiese ayudado á la accion del arsénico, Calcorra dió un grito horrible, se estremeció, vaciló, y cayó como si le hubiera faltado la tierra de debajo de los piés.

Ana del Rey gritaba de dolor.

Habia tragado una gran cantidad de arsénico, y su agonía era rápida.

El alcaide se desesperaba.

Tenia ante sí un cadáver, y estaba á punto de tener otro.

El sombrío espectro de su responsabilidad se le presentaba aterrándole.

Ana gritaba á cada momento de una manera más rabiosa.

Se llamaron médicos; se dió parte á la justicia.

Todos los esfuerzos de los unos fueron inútiles.

Cuando llegó la segunda, Ana lanzó un último grito y exclamó:

—¡Ah, Luis, Luis mío! yo me presento á tí con tus dos asesinos muertos; yo soy tuya por toda una eternidad.

Estas fueron las últimas palabras de Ana del Rey.

Cuando se las refirieron al conde de Aranda, éste dijo:

—Esa señora se ha engañado; no se tiene noticia de una tercera persona envenenada. Dios ha hecho la fatalidad, y la fatalidad ha hecho los sucesos.

Cuando el conde de Aranda se quedó solo, exclamó:

—Esto ha sido una tragedia horrible; pero su catástrofe ha dado el golpe de gracia á las esperanzas de los jesuitas.

EPÍLOGO.

A Carlos III le supo muy mal la muerte de Ana del Rey, y mucho más el sentirse engañado y de una manera tan terrible por ella.

Hubo de resignarse forzosamente al fastidio de su viudez.

El conde de Aranda, tranquilo ya por la seguridad de su poder, no quiso provocar el escándalo de un proceso sobre la verdadera causa de aquellos envenenamientos.

Se echó, pues, tierra á lo de Cascajares y á lo del Chivito, y se desterró á ambos á cencerros tapados.

La política se sobreponía á la justicia. Margarita vivió algun tiempo en estado de insensatez, y al fin murió, extinguiéndose lentamente como la luz de una lámpara que deja de alimentarse.

El alimento de Margarita era el amor de su marido.

El destino fatal de su familia la habia alcanzado,

y su agonía había sido más dolorosa que las de su madre y de su abuela.

La marquesa de Vallezarzal vivió lo bastante para enorgullecerse con su sobrino el joven conde de la Salmedina.

En cuanto á María Luisa, se consoló como pudo de la pérdida de su hermoso conde, hasta que algunos años después la hicieron olvidarse de aquella pérdida la lealtad, la amistad y los buenos servicios de Manolito Godoy, después príncipe de la Paz.

El conde de Aranda gozó sin contradicción de su poder mientras vivió Carlos III; pero cuando ocupó el trono Carlos IV, éste, influido por su mujer, le significó que estaba ya demasiado viejo, que sus largos servicios necesitaban descanso, y que se fuese á sus tierras á gozar del reposo.

María Luisa no olvidaba ni perdonaba.

El conde de Aranda murió desterrado, como había muerto el marqués de la Ensenada.

El rey Manuel I, príncipe de la Paz, empezaba á elaborar para España, sin que nadie le fuese á la mano, la larga cadena de desgracias, cuyos eslabones han llegado hasta nosotros.

En cambio María Luisa había llegado al último grado de felicidad posible, y Carlos IV estaba muy contento, porque comía cuanto quería, cazaba á sus anchas y dormía bien.

ÍNDICE

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Paginas.
CAPÍTULO I..... Una explicacion.....	5
— II..... Un juicio secreto.....	13
— III..... Un principio de revelacion.....	24
— IV..... En que va tomando más formidables proporciones la intriga de los Invisibles.....	35
— V..... De como una princesa real puede salir de noche á aventuras.....	49
— VI..... En que se ve que la princesa sabia superar las situaciones más difíciles.....	53
— VII..... Lo que se puede fiar en la policia, y lo que dos polizontes pueden confiar entre sí mismos.....	61
— VIII..... De como Margarita se sintió bajo el peso de un nuevo misterio.....	72
— IX..... De como don fray Lorenzo cogió á un mismo tiempo á un marqués y á un portero.....	80

—	CAPÍTULO X.....	De como á veces en vez de cazar es cazada la policía.....	91
—	XI.....	De como fué despertado el conde de la Salmedina para oír una noticia que ciertamente no esperaba.....	106
—	XII.....	De como se estrechaban las distancias...	113
—	XIII.....	Preparativos.....	125
—	XIV.....	De cómo se improvisa un matrimonio...	135
—	XV.....	Hasta qué punto puede llegar la sangre fría de un marido, y hasta qué punto puede verse en una situación difícil quien tiene queridas cuando va á casarse.....	142
—	XVI.....	En que se ve que no podía ser más difícil la situación en que se encontraba el conde de la Salmedina.....	152
—	XVII.....	Lo que valía la marquesa de Vallezarzal.	171
—	XVIII.....	Cómo fueron las bodas del conde de la Salmedina con Margarita.....	187
—	XIX.....	De como la Inquisición servía para conspirar.....	197
—	XX.....	En que se declara la situación en que se encontraban nuestros principales personajes.....	214
—	XXI.....	Un extraño juicio entre las tinieblas...	233
—	XXII.....	De como hay redes que envuelven á los mismos que las usan.....	255
—	XXIII.....	De como se puede premeditar la infamia para grandes fines.....	273
—	XXIV.....	De como se conspiraba en los conventos contra los palacios.....	288
—	XXV.....	En que vuelve á aparecer nuestro buen conocido Benito Cascajares.....	293
—	XXVI.....	Una extraña carta que anuda unos amores adúlteros.....	304
—	XXVII.....	De como puede conspirar contra un rey quien debe sucederle en el trono.....	314

	Páginas.
CAPÍTULO XXVIII... El primer ministro de un rey.....	330
— XXXIX... De qué manera pudo una cuerda de ahorcar ir á las manos de la princesa de Astúrias.....	351
— XXX... De como en ciertas situaciones no se puede contar más que hasta cierto punto con un hombre de honor.....	372
— XXXI... De como en aquellos tiempos se echaba siempre mano de los frailes para las situaciones extremas.....	399
— XXXII... Continúa la primera parte del motin contra Esquilache.....	410
— XXXIII... Lo que fué el motin de Esquilache y sus consecuencias.....	419
— XXXIV... De qué manera y por qué medios puede disponerse de un tigre.....	456
— XXXV... De como empezó á tejerse la trama que debia acabar en España con la Compañía de Jesús.....	467
— XXXVI... En que se da cuenta de la situacion en que se encontraban algunos de nuestros principales personajes.....	479
— XXXVII... En que se ve desarrollarse la intriga á muerte, urdida por el conde de Aranda contra la Compañía de Jesús.....	535
— XXXVIII... En que concluye el asunto referente á la Compañía de Jesús.....	556
— XXXIX... De como el conde de la Salmedina se veia amparado por una nueva y terrible intriga.....	582
— XL... De como se preparaban nuevos y grandes sucesos.....	588
— XXI... De como sobre una aventura, vino otra á María Luisa y al padre maestro....	603
— XLII... Por qué Calcorra se habia puesto en un acechadero junto á la entrada del camino de Extremadura.....	603

CAPÍTULO XLIII.	De como el padre maestro se apoderó de Calcorra y se puso en situacion de poder tener en sus manos á Ana del Rey.	625
— XLIV.	De qué extraña manera se reunieron al fin Cosme Calcorra y su mujer.	639
— XLV.	Una carta misteriosa y terrible.	651
— XLVI.	Una fiera domesticada.	697
— XLVII.	De como un rey puede ser juzgado.	707
— XLVIII.	Del encuentro que tuvo el conde de la Salmedina yendo á rondar la casa de Cosme Calcorra.	725
— XLIX.	De como la idea del crimen se iba desarrollando en Cosme Calcorra.	745
— L.	De la difícil situacion en que se encontraba el señor rey don Carlos III.	751
— LI.	Una aventura de María Luisa.	769
— LII.	De como Ana del Rey, creyéndose libre de Calcorra, se encontró á su vez presa.	775
— LIII.	Hasta dónde puede llegar la locura del amor.	783
— LIV.	De como el padre maestro don fray Lorenzo vino como llovido del cielo á cortar una situacion desesperada.	805
— LV.	En que se ve que el padre maestro no era tan generoso con el conde de la Salmedina como el conde lo hubiera creído.	811
— LVI.	De como puede engañar completamente su amor propio á una mujer.	823
— LVII.	De como el conde de la Salmedina iba de mal en peor.	841
— LVIII.	De cómo y de qué manera misteriosa fué sacado Calcorra de la cárcel del Santo Oficio.	851

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO LIX..... De como el padre maestro encontró de deducción en deducción la pista de Calcorra.....	871
— LX..... De como acabó de mala muerte, y á causa de una traicion miserable, el padre maestro don fray Lorenzo de Velasco.	880
— LXI..... De como no es bueno esperar mucho tiempo á lavarse las manos de la sangre que ha dejado en ellas un asesinado.....	903
— LXII..... De cómo Gallifero supo sin preguntar aquello mismo que habia salido á inquirir.....	913
— LXIII..... De cómo fué el levantamiento del cadáver del padre maestro don fray Lorenzo.....	922
— LXIV.... De como dos magníficos ojos negros pueden influir poderosamente en la marcha de la justicia.....	933
— LXV..... De como pueden robarse dos señoras á la puerta de una iglesia.....	955
— LXVI.... De como fueron inútiles durante ocho horas las pesquisas que se hicieron en busca de las dos damas perdidas.....	966
— LXVII.... De como la policia dió al fin con el camino que debia llevarla á libertar á las dos secuestradas.....	978
— LXVIII... De como recibió un terrible castigo de la Providencia un infame, y fué entregado otro á la justicia humana.....	999
— LXIX..... De como era inapreciable la lealtad de Baltasar, y hasta dónde llegaba la flemma borbónica de Carlos III.....	1014
— LXX..... En que se ve cómo el conde de Aranda manejaba á la justicia, y se trata del entierro del conde de la Salmedina ..	1029

Páginas.		Páginas.
	CAPÍTULO LXXI..... En que se ve que las intrigas no habían terminado aún.....	1043
172	— LXXII..... De como volvió á servir el escondite del palacio del Pardo.....	1057
—	— LXXIII..... De como era muy difícil envolver en una intriga al conde de Aranda.....	1081
—	— LXXVI.... Donde se verá el trágico fin que tuvo la intriga de Ana del Rey.....	1103
Epílogo.....		1111

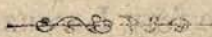
FE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
517	15	hombres	sombreros
517	16	sombreros	hombres

PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.



Tomó primero.

Páginas.

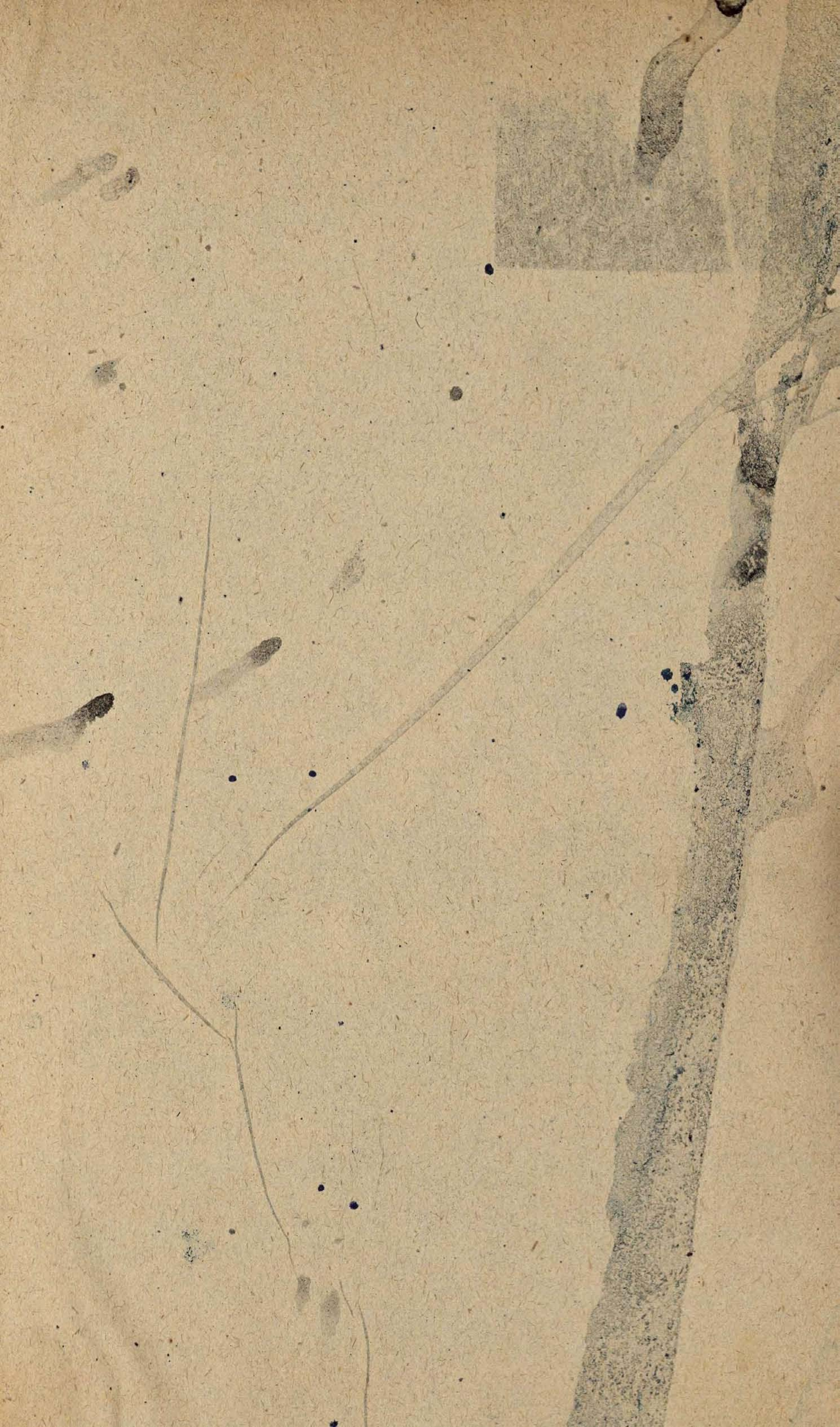
Portada	1
Margarita se desenvolvió de la capa y la arrojó de sí.....	36
¡Ven, ven! ¡Ocúltate!—añadió.....	84
Y el conde limpió su espada en la capa de Armagnac.....	194
Así descendieron cincuenta peldaños.....	254
¡Vivan los mantos, las capas y los sombreros!.....	306
Acostumbro á usar estos diges por lo que pueda ocurrir.....	371
¿Sois vos la justicia?.....	418
Al ver el cajon vacío, lanzó un grito agudo.....	493
¿Tiene vucencia la bondad de seguirme?.....	541
Se os recomienda que leais esas memorias en todo el dia de hoy.	605
Se arrancó la corbata, se abrió la camisa, y dejó ver en su cuello el collar de la reina.....	698
¡Caribe!—exclamó Jacinto, arrojando un bolsillo sobre la mesa.	752
Deteneos, yo no os permito que me sigais.....	796
Este collar y este pañuelo <u>unidos</u> , representan dos asesinatos..	854
Cuidad de no despertarla.....	931
¡Muerto!—dijo De Armagnac.....	999
Si no sois mia, me mataré.....	1025
¡Venganza, Paolo! venganza y soy tuya.....	1093
¡Lo juro!.....	1108

Tomo segundo.

	Paginas.
¿Adónde irá éste? Sigámosle.....	62
No permito que nadie dude de mis palabras.....	118
¡Ah! no; tú no te casarás.....	163
Y entró un fraile dominico, alto y majestuoso, con la capucha completamente calada sobre el semblante.....	200
Y bien, —dijo De Armagnac,— ¿qué teneis que decirme?.....	233
Hacedme el favor de oír lo que os diga.....	278
La princesa arrojó la carta de fray Lorenzo á la chimenea.....	310
Y empezó á descolgarse con gran emocion de la princesa.....	371
Lra el padre maestro don fray Lorenzo.....	400
Los ojos del rey estaban turbios. Procuró leer de nuevo, y no pudo.....	500
Oyeron de una manera impasible los jesuitas esta sentencia terrible.....	536
El capigorron me dió un puntapié que me descompuso toda...	614
Soltadme, mujer; nada temais, puesto que vuestro marido va á hablar.....	668
¡Mátale, Luis mio, mátale! Es necesario que ese hombre no sea un obstáculo para nuestra felicidad.....	746
Se apoderaron de ella, la taparon la boca y la arrebataron consigo.....	782
¡Ah! yo no he amado hasta ahora, María Luisa.....	832
Se lanzó en un escape desenfrenado.....	897
Cuatro bandidos feroces las guardaban de vista.....	966
Calcorra avanzó hácia la mano en que Margarita tenia empuñada la espada.....	1006

RC

Re





1022665

